

7. EL INCIERTO RUMBO DE NUESTRO PENTAGRAMA

Solemos hablar --y con qué desbordado entusiasmo-- de lo que nos parece eximia calidad y promisorio futuro de nuestra música huilense.

Tales elogios --hiperbólicos casi siempre—están inspirados más en el afecto por la querida comarca, que en un conocimiento cabal y ponderado de nuestra realidad cultural.

Escucha uno en tertulias generosamente animadas con Doble Anís, bajo el efecto añorante y nostálgico de las canciones del maestro Villamil, que no hay música como la nuestra, que gracias a su extraordinaria factura ocupamos lugar de privilegio en el país y en el continente; que nuestro folclor, de excepcional riqueza, hace honor a nuestra raza y muchas otras loas de parecido jaez, las cuales, examinadas con algún detenimiento, no resisten serio análisis.

Alguien que dice conocernos bien observa en los huilenses cierto complejo de inferioridad, que nos coloca en la posición extrema y fatalista de no creer por principio en lo nuestro, de hablar mal de nosotros mismos y de no apostarle un centavo a nuestro futuro. Pero cuando, al parecer, agobiados por el lastre de nuestro pesimismo, de nuestra abulia ancestral, reaccionamos para librarnos de tan melancólico estado, saltamos de manera temeraria, y tal vez inconsciente al otro extremo. Caemos entonces en hipérbole, en el ditirambo, hasta rozar los linderos del despropósito. Tal

fenómeno nos ocurre con mayor frecuencia cuando opinamos acerca de nuestro arte y, en particular, de nuestra música.

Esta distorsión de la realidad, especie de perturbación de nuestra capacidad de juicio, conlleva, desde el momento en que de individual opinión se transforma en estado de ánimo colectivo, notable capacidad de daño. Tan desbordado entusiasmo, conducido, en ocasiones, hasta los despeñaderos de una euforia tan generalizada como peligrosa, emborracha --como el alcohol—la conciencia colectiva, en lugar de alimentarla; desorienta, en vez de alumbrar el camino.

Un caso ilustrativo del estado de cosas que nos ocupa es, por desgracia, el conjunto de opiniones y juicios, los más de ellos delirantes, acerca de los libros escritos por un huilense, por demás querido y meritorio: don Julián Motta Salas.

Imposible ignorar la obra de don Julián. Lejos de mí la intención de oscurecer la memoria de un escritor nuestro, sobresaliente por su inteligencia y por su pluma. El representa, sin duda, un momento importante de nuestra vida intelectual en un departamento, como el nuestro, tan árido y seco en intelectuales y escritores de relieve, como nuestros desérticos llanos del norte.

Pero en nuestro afán --por demás loable—de exaltar la memoria de tan apreciado hombre de letras, nos precipitamos sin ningún rubor en los tremedales del ditirambo.

Tal vez por culpa de una frase lapidaria, de esas que poco dicen pero suenan bien, y que, tras convertirse en clisé hacen carrera, se nos quedó don Julián Motta Salas --y temo que por largos años—en nadie menos que en “*El cervantista de América*”.

Sin negar los méritos intelectuales de nuestro escritor, a sabiendas de la seducción que sobre él ejercieron la lectura amorosa y reiterada del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha y otras obras cervantinas; conocedores de su reflexión de no pocos años sobre la vida y obra de don Miguel, todo lo cual lo condujo a escribir libros como ALONSO QUIJANO EL BUENO, RECUERDOS DEL INGENIOSO HIDALGO, Y LA VIDA DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, entre los que ahora recuerdo, resulta radicalmente inexacto y desproporcionado llamarlo, sin más ni más “*El Cervantista de América*”.

Se pregunta uno a propósito de la cuestión de fondo, tema de este artículo: ¿Con base en qué hacemos una afirmación como esa? ¿Cuáles análisis, qué estudios críticos pueden respaldar aseveración de tal envergadura? ¿No implica ella un desconocimiento tan ingenuo como inaceptable de la obra de importantes estudiosos y críticos de la vida y obra de Cervantes, quienes desde Estados Unidos hasta la Argentina se han ocupado --y no de cualquier manera-- del apasionante y arduo tema cervantino?

No son muchos, es cierto, pero ahí están. ¿Quién, a riesgo de aparecer ayuno de indispensables lecturas, puede ignorar alegremente los aportes que sobre el particular

han hecho María Rosa Lida de Malkiel, Mirta Aguirre, George Haley, Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes o Emilio Carilla, entre otros?

Pero la frase lapidaria, acuñada en arrebatado de euforia por algún fogoso como desinformado admirador de don Julián, no sólo hizo fácil carrera, sino considerable daño.

No a otra causa puedo atribuir el contenido y tono --ya que no la intención—del comentario de un periodista a propósito del primer centenario del nacimiento de don Julián Motta Salas, sobre cuya celebración el columnista pretendía llamar la atención en 1993. Transcribo a continuación un fragmento del texto recordatorio para que ustedes saquen sus propias conclusiones: *“El Huila y los huilenses no podemos ser ingratos ni indolentes ante la vida y obra; ante el recuerdo y la memoria de quien superó a José Eustasio Rivera y nos regaló los mejores capítulos de la literatura castellana. Sólo comparable al mismo Miguel de Cervantes Saavedra y en muchos pasajes superior al manco de Lepanto.”*¹

Calenturas y escalofríos estarán sufriendo los huesos de José Eustasio, quebrantos los de don Miguel ante tamaño desaguizado.

Sería necio ignorar el proverbial instinto musical de los huilenses, su bien dotado oído, su voz pronta para el canto, su casi innato sentido del ritmo. Se encuentra uno donde

¹ DIARIO DEL HUILA, lunes 12 de abril de 1993, página 2.

menos lo piensa, y durmiendo un sueño de siglos, con un enorme talento, herencia de ese gran Tolima musical e inmenso. Lo triste es que aún estamos a la espera de que por algún fortuito y venturoso giro en la forma de concebir el rumbo por donde debamos echar a andar nuestra música, el bello durmiente despierte.

Si miramos con calma y fondo el panorama presente y futuro de nuestro pentagrama, el balance no da para que nos sentemos sobre ilusorios laureles, ni, mucho menos, para hipérboles y aleluyas.

Por culpa de la manera como malaprendemos el arte de componer e interpretar, aunque mejor sería decir, a causa de la ausencia de una tradición musical de alta escuela que garantice el descubrimiento a tiempo y la formación de músicos de óptimo nivel, sólo de cuando en cuando, y casi a contracorriente, aparece un compositor, brilla un intérprete. Ellos, los pocos que emergen a la superficie, se van haciendo golpes de intuición, a costa de grandes dosis de sacrificio, o, como dice la gente, "*por puro amor al a arte*". Salvo contadas excepciones, ninguno de ellos es el resultado de un cuidadoso y metódico aprendizaje del oficio, que debe empezar en edad muy temprana, de la mano de pedagogos idóneos y experimentados. ¿Qué podemos exigirle a un muchacho o a una joven, en términos de alta interpretación musical, cuando se acercan por primera vez a un piano o a una guitarra a los catorce o quince años? Y eso cuando tienen el privilegio de acceder al aprendizaje formal.

Resulta reveladora y deprimente la evidencia de que, salvadas las excepciones del caso, la inmensa mayoría de nuestros músicos componen e interpretan “*de oídas*”, dando palos de ciego aquí y allá, porque no cuentan con el apoyo insustituible de la gramática, del solfeo, del contrapunto, de la armonía ni de la composición.

Son músicos que desconocen -- y no por culpa suya—hasta el ABC del oficio. Y lo sorprendente es que, a pesar de tan severas limitaciones técnicas, hacen música, en ocasiones, muy bella. ¿Qué tal que hubieran tenido la suerte de contar con los recursos técnicos y pedagógicos que son rutinarios en países donde sí se aprecia de verdad el arte?

En esta Colombia y en este Huila de apariencias y de hipocresías, no hay gobernante que se abstenga de expresar en el discurso de posesión su indeclinable devoción por el arte, y su propósito incancelable de ponerse al servicio de la cultura. Palabrería vana. Su perorata no es más que mero adorno retórico de su casi siempre gastada imagen pública.

Desde el comienzo de nuestra ya no tan joven historia departamental y hasta nuestros días, a muy pocos les ha interesado invertir dinero en una actividad que —como el conservatorio—no retribuye el valor de la inversión en votos.

Aquí están Abel Valderrama, Bonifacio Bautista, Guillermo Calderón, José Ignacio Olave, Eduardo Trujillo, Armando Suárez, José Ignacio Tovar, Antonio Gómez, Orlando

Romero, Rosendo Puentes, Alvaro Córdoba, Vicente Romero, Luis Carlos Prada, Carlos E. Cortés, Anselmo Durán Plazas, Luis Alberto Osorio, Jorge Villamil, Fabio Loaiza, Jaime Guío, Ramiro Chavarro y otros nombres que de entre los compositores se me escapan por involuntario olvido, y Carlos Rocha como solitario y afortunado intérprete de violín para que nos cuenten la secreta historia de sus dificultades y, en no pocos casos, la crónica melancólica de sus sueños desvanecidos.

Tenemos Licenciatura en Música y Conservatorio, es cierto. Más no es suficiente, si se tiene en cuenta que aún falta mucho por hacer en la formación de compositores e intérpretes profesionales. A pesar de los reiterados esfuerzos oficiales por desintegrarla, contamos con una de las mejores bandas departamentales de viento del país, también es cierto y alegrémonos por ello. Pero, a pesar de esos logros, --bueno es reiterarlo-- carecemos de alta escuela musical, entendida como patrimonio estético de encumbrado vuelo, capaz de trascender los amables aunque estrechos linderos de nuestra región, para mostrarnos con decoro a Latinoamérica y al mundo.

No podemos ofrecer aún --bueno es reconocerlo-- frutos de madurez, a pesar de nuestro innegable talento. Ello será posible en el mediano y largo plazo si el Conservatorio de Música asume en serio la tarea de formar con rigor y cuidado y de la mano de técnicas de aprendizaje depuradas, instrumentistas y compositores. Y cuando tengamos una orquesta sinfónica donde nuestros artistas puedan emplearse para no morir de hambre o de vergüenza en medio de una sociedad superficial y consumista que, en el fondo, los desprecia. Y el día que podamos escuchar una

agrupación coral con excelente capacidad interpretativa, que haga posible la realización artística y profesional de nuestras voces más privilegiadas, muchas de las cuales se malogran por falta de cultivo y de oportunidades.

Toda esta infraestructura musical proporcionaría al Departamento del Huila no sólo artistas de primera categoría, sino las condiciones para la aparición de un público oyente cada vez más numeroso y ávido de música de calidad.

El trabajo arduo y meritorio --aunque no muy constante—de la, al parecer ya extinta, Sociedad Filarmónica de Neiva, con María Ruth Arboleda a la cabeza y del Instituto Huilense de Cultura para traer al Huila grandes concertistas, así lo demostró en mejores años ya olvidados. Poco a poco hemos podido demostrar que aquí ya hay gente para escuchar con atento placer a Rafael Puyana, Carmiña Gallo, Frank Fernández o Gentil Montaña.

No se trata, por supuesto, de escuchar siempre la llamada música clásica, sino de escuchar música de calidad. Esa contraposición absurda entre una supuesta música culta, también llamada clásica y la música popular me parece un lamentable error, que nace del equívoco de enfrentar sin lucidez lo popular con lo culto, lo extranjero con lo vernáculo.

¿A quién se le ocurriría proscribir la lectura de Kafka, Proust o Tolstoi esgrimiendo a manera de argumento la defensa de la identidad cultural? ¿Quién, sino un insensato,

se negaría el placer de escuchar a Bach, Mozart o Mahler con la peregrina idea de estar favoreciendo nuestra música nacional o regional? Los valores universales del arte son patrimonio de la humanidad y a todos nos pertenecen.

Sucede que la música popular, la que tiene el germen de su inspiración en la entraña de nuestra propia cultura, en nuestra viva tradición vernácula, es susceptible de trascender la región, de adquirir dimensión universal, a condición de que el compositor la inscriba dentro de los términos de poderosa y alta estética. ¿No fue acaso, lo que hizo Villalobos con la música popular del Brasil? ¿No están en su prodigiosa creación, hoy universalmente reconocida y admirada, los alientos sincopados de la zamba o los efluvios ancestrales de Choros perdidos en el alma pretérita y presente de ese Brasil ilímite y legendario?

Tuvo Heitor Villalobos el genio creador de alta música, nacida en los filones más hondos de su cultura, la cual él supo proyectar a su país, al continente y al mundo. Y eso mismo hicieron Albéniz, Chaikovski, Falla, Dvřak, Sibelius y otros grandes: escribieron sus obras maestras --clásicas a fuerza de universales—auscultando el palpito de sus pueblos y naciones.

Nosotros, como es obvio, no hemos llegado aún a ese envidiable estado de madurez. Nos falta la formidable tradición musical y la eximia escuela capaz de catapultar la música de nuestra región al continente y al mundo.

A falta de ello, nos hemos dedicado a cultivar --en ocasiones de manera obsesiva—un folclorismo bonito y emotivo, sí, pero sin las alas para que nuestra música emprenda el vuelo de largo aliento, capaz de llevarnos, como el águila real o el extinguido cóndor, a cielos más altos, a latitudes más extensas.

Es hora de cambiar el rumbo, de buscar otros caminos, porque el que llevamos no nos conduce a ninguna parte. Bueno y saludable es el cultivo del folclor, a condición de que, sin perder su esencial razón de ser, deje abiertas las posibilidades para búsquedas estéticas de mayor envergadura. Defendamos lo nuestro, de acuerdo. Pero abramos las puertas y ventanas de nuestra casa a nuevos aires de renovación. El organismo fuerte, el que sobrevive al ataque de agentes patógenos externos, es aquel que, por sano y bien constituido, se hace relativamente inexpugnable a las enfermedades, en virtud del número y calidad de sus anticuerpos habidos en su contacto normal con microbios y bacterias.

La cultura que aspire no sólo a sobrevivir sino a trascender más allá del horizonte regional o del propio país, lo hará a condición de que sea vigorosa, rica y bien constituida, de tal manera que pueda, sin sufrir daño, entrar en diálogo con la compleja y siempre perturbadora diversidad cultural de las naciones que pueblan la tierra.

Pongamos menos énfasis en el folclor y más trabajo en los dominios de la música sinfónica e instrumental de alta estética, expresiones máximas de la madurez musical de una cultura. Porque, de seguir como vamos, rindiendo culto exagerado y ciego a un

tipismo tan parroquial como de corto aliento, mucho me temo que dentro de cien o doscientos años, continuemos dedicados a reproducir rajaleñas y sanjuaneros a la manera como nuestros mayores lo hicieron desde el remoto pasado, y de forma exactamente igual a como lo hacemos en la actualidad. Tan lamentable equivocación nos condenaría al suicidio colectivo y estéril de nuestro hermoso hálito musical.

Nos falta en el Huila, en materia de música, recorrer el camino que, de alguna manera, ya recorrió la literatura huilense con José Eustasio Rivera, y la de Colombia con Gabriel García Márquez.

Quiera para nosotros la musa Euterpe la llegada de mejores tiempos con la aparición de nuestros propios Villalobos, o lo que es lo mismo, con el advenimiento de otro José Eustasio Rivera que, en lugar de hablarnos y hablar a Latinoamérica y al mundo con la cadencia de las palabras, lo haga con el abecedario musical del pentagrama.